

más, ensangrentado:
¡desde que te he visto
mi sangre he secado!

Mano de mi Cristo,
que como otro párpado
tajeada llora:
desde que te he visto
la mía no implora!

Brazos de mi Cristo,
brazos extendidos
sin ningún rechazo:
¡desde que os he visto
existe mi abrazo!

Costado de Cristo,
otro labio abierto
regando la vida:

¡desde que te he visto
rasgué mis heridas!

Mirada de Cristo,
por no ver su cuerpo,
al cielo elevada:
desde que te he visto
no miro mi vida
que va ensangrentada!

Cuerpo de mi Cristo,
te miro pendiente
aún crucificado.
¡Yo cantaré cuando
te hayan desclavado!

¿Cuándo será? ¿Cuándo?
¡Dos mil años hace
que espero a tus plantas,
y espero llorando!

tre así como contra los imponentes colosos.

«Barca de mercaderes es la barca!»

dice el poeta Argüello

«Y porque ha muerto el Ideal, la Raza
perecerá también!»

«Oh Raza, idolatraste! Un Dios propicio
la sangre bebe en ti del sacrificio.»

Sí, vinieron con las víctimas propiciatorias a los altares de Washington, y eran víctimas hermanas «con la entraña fraterna en holocausto», dice el poeta.

Sí, como los pequeños príncipes palestinos en busca de asirios conquistadores, los políticos ambiciosos, sin prestigio en el interior de su casa, vinieron a Washington a pedir en nombre de los intereses humanos, que fuerzas armadas impusiesen orden y paz, esto es, que sofocasen la voz y voluntad de la mayoría de un pueblo en beneficio de una minoría que ni siquiera representaba a los mejores. El hecho de que viniesen a pueblos extraños en busca de protección es prueba de ello. Y no una vez. Era y es la demanda permanente.

Cuando en nombre de los liberales de Centro América gestioné el retiro de los marinos *que guardan la paz* en Nicaragua, el señor Bryan me respondió, que en más de una ocasión el Gobierno de los Estados Unidos había intentado hacerlo y siempre se habían opuesto los hombres de gobierno de Nicaragua, invocando intereses humanos, porque al punto de reembarcarse aquéllos estallarían la guerra civil.

El poeta, pues, dice la verdad:

«Y es porque habéis idolatrado. Y entre las hambres de Moloch, vuestro decoro echasteis, como leños, en el vientre que honras devuelve en vómitos de oro.»

«¡Y por el oro moriréis!»

Y al final:

«¡Ya ha triunfado el impúdico himeneo!
¡Ya le sirven de alfombra al filisteo
los cortados cabellos de Sansón!»...

¡La fidelidad del poeta no puede ser más angustiosa! No hay estrofa en ese poema que no tenga una doliente verdad o un punzador recuerdo. Y los recuerdos de la raza indígena le vienen en imágenes de una belleza vívida, muy propia de la mente de este gentil poeta.

«¿Dónde está el Cuauhtemoc de las cien
[vidas,
que reclinaba su silencio en brasas
como en lecho de rosas encendidas?»...

La profecía del poeta Santiago Argüello

Del libro "El Alma dolorida de la Patria"

Llegó el instante de las profecías

ESTE es, realmente, un poema de dolor. Sentido, profundo dolor. Leyéndole, si fijáis el recuerdo de la patria del poeta⁽¹⁾ delante de vuestros ojos, oís llanto de aguas en el río de la aflicción.

Ni podría ser de otra suerte. Este poeta ha estado oyendo, día y noche, en la capital de su patria, por espacio de largos años, la pesada resonancia de la bota extranjera. Ha vivido, escuchando, sobre los yunques patrios, martillos del setentrion forjando los eslabones de la cadena que se ajustará a la «argolla de Nabucodonosor» que yace ardiendo en la fragua.

Y sabéis bien cuál es la función trascendental del dolor: sutaliza la visión de las cosas internas del alma y del mundo. El dolor da la videncia. Los grandes dolores nacionales exaltan la sacra locura de los héroes, confieren la visión de los profetas.

Naciones de profetas son las que por un movimiento irrevocable del Hado se sienten amenazadas de muerte. La más bella época del profetismo hebreo surgió cuando en el norte de Palestina hiciéronse grandes y fuertes los conquistadores asirios.

Desde Tiro en el setentrion a Moab en el sur pace un hato de principados en subordinación. Menahem, Hoshea, Ahaz, Hezekiah satisfacían su apetito de poder impetrando el favor de los reyes asirios o de los faraones, de cuyo agrado dependía el precario gobierno de tales principios. Ninguno

de ellos bastante a resistir la potencia del coloso del norte y el Egipto, al sur, bajo el gobierno de la vigésima cuarta dinastía, aun siendo débil, era el único capaz de resistencia. Alguna vez los príncipes entreveían la posibilidad de constituir una liga de defensa, como la intentada por Damasco, que el coloso del norte no permitió madurar. Eran esos principados almendras frágiles para la presión del cascanueces. Entre el norte y el sur era Palestina el rico y atrayente camino de las caravanas. Askalón, Jerusalem, Gaza, Samaría eran objeto de codicia así por sus riquezas naturales como por su situación geográfica. Y los príncipes ambiciosos enviaban sus embajadas al norte para pedir su protección al conquistador asirio Tiglath-Pilaser. Jehu, Henahem, Jotham, Ahaz, todos ellos príncipes cobardes que para disfrutar del poder se declaraban los vasallos del poderoso asirio. Y toda esta obra de conquista y de vergüenza presenciaba Isaías. ¿Cómo no habían de venirle a los labios, desde el fondo del alma, las brasas de bronce de su terrible palabra?

Ese fragmento de la historia de Palestina ¿acaso no es, con las variantes de la época, la historia de Nicaragua, quizás de Centro América?

Los mismos peligros engendran unas mismas ansiedades, las amenazas del poderoso una misma indignación. Y la cólera de los profetas, como espada de dos filos, se blandió contra la cobardía y la corrupción y la injusticia de quienes se dejan arrastrar al desas-

(1) Nicaragua. (N. del E).